

## El destino

El destino es esa corriente extraña que incumbe a todos los seres, cala todas las rocas y vuela todos los vientos y, a pesar de su aparente omnipotencia, nosotros, los humanos, parecemos no dignarnos a reconocer su superioridad. Qué otra cosa sino el destino podría explicar lo que aquí se va a relatar. Nadie se extrañará si, al leer esta historia, deciden arquear una deja y ceder ante su escepticismo. Es la reacción más común y natural, si bien es la equivocada. Por favor, no se molesten, pero entiendan que, lo crean o no, el destino va a seguir con su juego de prestidigitador, haciendo de nosotros lo que quiera, hoy lector escéptico, mañana, si tiene a bien, persona convencida.

Convendría, por tanto, ponerles en antecedentes, no se pueda acusar al narrador de inventar la historia, de eso culpen al autor, es un personaje un tanto raro. Acompañamos a Lucía, la cual vuelve de una cita un tanto infructuosa y es que, para estas situaciones, tan importante es el desarrollo como la predisposición con la que se acometen. Había ido sin ganas, movida por la insistencia de sus amigas, las cuales habían descargado aquella dichosa aplicación y habían jugado al “dedito travieso”, como ellas lo llamaban. Fruto de aquel juego en apariencia inocente había saltado un *match*. Juan, treinta años, ojos verdes, barba algo cerrada sobre una cara en cierto sentido cuadrada, pelo corto y negro y, aquí acudiremos al dictamen de su amiga Paula al ver una foto del sujeto en la playa, crujiente como el pan de pueblo.

Había aceptado, casi bajo extorsión, hablar con Juan y darle una oportunidad. Sus amigas habían proferido aleluyas, celebrando de todas las maneras posibles que dejase de una vez los libros y saliese un poquito al mundo real, que eso de leer está muy bien, le comentó Laura, pero hay que vivir de vez en cuando. No juzguen mal a Laura, es buena amiga, aunque siente cátedra cuando habla. Ninguna de ellas es lectora, no saben lo que se siente. Sí, algo habían leído en el colegio, otro poco en el instituto, pero cuando llegaron al amanecer de la vida adulta que es la universidad, ninguna volvió a coger un libro. Lucía, por tanto, ni se molestaba en explicarse. No porque no estuviese hecha la miel para la boca del asno, sino porque lo consideraba una pérdida de tiempo, por no mencionar que su experiencia de la lectura era un tanto, de alguna manera, personal e intransferible.

Leer era su acceso a los hilos del destino, esos que entreteje, gira, retuerce, coloca, enhebra y luego cose. Había desarrollado la habilidad con los años y se sentía capaz incluso de tocarlos, juntando a placer los que más le convenían o gustaban con los que le correspondían por derecho de nacimiento. Gustaba desde adolescente de juntar los de los personajes de las novelas con los suyos propios, pues de los libros salen muchos hilos, muy muy largos, casi eternos, como ellos mismos si se les deja ser. Escogía con cuidado al personaje y, usando pulgar e índice, tiraba con mucho cuidado de aquel pedazo de destino y lo anudaba al de su vida. Había comprobado que, tras años de hacer esto, el hilo de su destino se conectaba con tantas otras vidas que parecía infinito. Aquella era su inmortalidad particular.

El último personaje había sido sonado y su nudo tan duro y poderoso, tan fuerte y decidido, como la mano opresora de un gigante. Al principio lo había atado de manera superficial, ocurre a veces que lo que nos parecen buenos lazos se convierten en malas decisiones, decidiendo deshacerlos inmisericordemente. Sin embargo, con el avanzar de las novelas, la historia había anudado aquel personaje a su corazón. Los nudos que atamos a nuestra alma, pues no se crean que el corazón es otra cosa, quien dice que es un músculo les miente, los personajes y personas que unimos a nuestro yo más íntimo, suelen tener cualidades que admiramos o necesitamos. Leer, como enamorarse, no es sino buscar quien te haga bien y te complemente, completando aquellos huecos que la vida no supo ocupar.

Así, el Conde la Frère se le había presentado no sólo como una grandísima creación de Dumas, sino como el hombre de su vida. No tanto en un sentido romántico, le seguía echando para atrás lo que le hizo a Milady en su juventud, sino en un sentido espiritual. La grandeza de miras y la nobleza de las acciones de Athos la habían traspasado de forma transversal. La amistad, la lealtad y el valor, conceptos por algunos considerados hoy en día en desuso, habían cobrado cierta importancia en su cerebro y, con ellos, o más bien, a través de ellos, el mundo se parecía un poco más a todas aquellas historias que atesoraba con cariño cuando entretejía los hilos de la vida y el destino. Por eso, cuando Juan la encontró en la plaza donde habían quedado, agarrada al libro y llorando con aquel “¡aquí me tenéis!” con el que Athos abandona este mundo, no supo qué decir. Por eso Lucía fue incapaz de articular más de tres palabras durante la cita y, por eso, aunque Juan estuviese para mojar pan, nadie rompió la barrera de lo físico.

Unas horas más tarde, la chica miraba la contraportada del libro ya terminado, sintiendo aquel hilo de su alma vibrar en una frecuencia tan triste que sólo ella era capaz de sentir. Juan la escribía mintiéndole. Le decía que lo había pasado muy bien pero que pensaba que lo mejor era no seguir quedando. Lucía sintió la necesidad de disculparse, contándole lo sucedido, justificándose torpemente. Después, el silencio. En línea, escribiendo, en línea, escribiendo...

<< No sabía que te gustaba tanto leer>>

<< Yo lo pasé igual de mal cuando leí como moría Athos>>

<< Me sentí morir>>

<< No sé si te has leído a Dumas>>

Un hilo se anudó de pronto al de Lucía y, de nuevo, el destino.